

# Felicidad

David O. Torres



## Capítulo 1

A primera hora de una tarde de mayo de 2018 en la Ciudad de México, una anciana regaba las flores que adornaban el marco de su ventana. Un hombre de apariencia cómica barría la banquetta situada frente a su tienda de antigüedades japonesas. El cartero, un chico conocido en el barrio como Berny, inspeccionaba su cartera en busca de un cigarro. Y un joven de cabello negro y estatura alta caminaba con paso veloz y una sonrisa en el rostro, con una mochila colgando de su espalda.

La anciana le sonrió al joven y le gritó "¡adiós, guapo!". El joven también le sonrió distraídamente y le saludó con un ademán. Ese chico está enamorado – Pensó la anciana.

El hombre de la tienda envidió el físico de aquel joven que, aunque no era demasiado fornido, dejaba ver unas cuantas horas dedicadas al ejercicio.

Y Berny sintió una extraña clase de atracción hacia él. Creo que si soy gay, se dijo.

El joven caminaba con paso febril, esquivando a la gente que se encontraba en el camino. Su sonrisa no desaparecía a pesar de su paso veloz y sus ojos emitían un brillo alentador. Hoy es el gran día, se había dicho cuando despertó. La atmósfera era apacible y hermosa, y la gente parecía notarlo.

El tráfico fluía y no se escuchaban los cotidianos pitidos y zumbidos que emitían los autos de las grandes ciudades. Las nubes cubrían parcialmente al sol, lo que daba un aspecto fresco a las calles. Hay personas que aman la ciudad, y esa era una de las tardes que hacían amarla. El joven pasó junto a un edificio de baños públicos, se lo pensó dos veces y decidió entrar. El edificio tenía un aspecto sucio y viejo, pero no le importó. Entró al baño de hombres y escogió el cubículo más alejado. Cuando abrió la puerta, un escusado con unas pocas manchas dentro le dio la bienvenida. Es mejor de lo que esperaba, pensó. Tomo asiento y espero a que su intestino hiciera lo suyo.

Mientras esperaba, abrió su mochila y revisó su contenido. Un perfume Mont Blanc, una libreta, su billetera con 500 pesos y el regalo. La caja que contenía el regalo era pequeña. De 30 centímetros de largo con 15 de ancho. Estaba envuelta en un papel para regalos de color turquesa y un moño rojo. Pensó que se veía bien. Se sintió orgulloso de sí. Tardó varias semanas en encontrar justo lo que él quería, y no fue barato. Pero ahí lo tenía, frente a él. Y sabía que valdría la pena.

Cuando terminó de hacer sus necesidades, pasó al lavabo y mientras enjuagaba sus manos, vio en el espejo algo que no había visto hace

mucho tiempo. Vio su rostro feliz. Se pasó un poco de agua por el cabello. Se acomodó la camisa tipo polo que se había comprado una semana atrás. Echo una última mirada a su figura reflejada en el espejo y se convenció de que lucía genial. Muy genial, dijo y su sonrisa se amplió más.

Salió del edificio y vio a un hombre de edad avanzada que manejaba una carretilla llena de dulces. Pensó que sería buena idea comer algunos dulces de menta antes de llegar a su destino.

Tengo que calmar mis nervios. Se acercó al hombre y este alzó la vista hacia el:

- Buenas tardes caballero – dijo el hombre mientras frenaba su carretilla.
- Buenas tares, señor – saludo Jim - ¿En cuánto da sus dulces de ta?
- Tengo paletas y caramelos, ¿De cuál prefiere?
- Caramelos – respondió Jim
- A usted se los dejo a 5 pesos cada uno.
- Deme 3, por favor.

El vendedor de dulces llevaba una pequeña radio colgando de la carretilla y en ella, Jesus Ortega, el famoso locutor, daba las noticias del día. "Ayer al medio dia, otro atentado terrorista ocurrió, esta vez en Londres. Un coche bomba estalló a las afueras del estadio Standford Bridge, se reportan 26 muertos y mas de 70 heridos. Con este ya son 7 los atentados ocurridos al rededor del mundo en lo que va del año"

- Déjeme adivinar. Tienes una cita, ¿Verdad? - El comentario sorprendió a Jim y sus mejillas se tornaron rojas.

El hombre soltó una leve carcajada.

- No hace falta ser psíquico para saber que te has puesto esa bonita ropa para impresionar a una chica.
- Supongo que mi nuevo perfume también atrae hombres – respondió Jim y ambos rieron.
- ¿Es bonita? – preguntó el hombre con cierto tono de curiosidad.
- Muy bonita – Sonrió y le entrego los 15 pesos.

La voz de la radio dijo que la ola de violencia continuaba creciendo por todas partes. Los gobiernos no encontraban respuestas y se respaldaban

diciendo que los videojuegos y las películas violentas podrían estar pudriendo las mentes de la población.

- Pues si me deja darle un consejo, en la siguiente esquina venden unas flores muy bonitas, estoy seguro que a su chica le encantarán.

- Lo tendré en cuenta. – Jim tomó sus caramelos y se despidió con un ademán.

Se introdujo un caramelo a la boca y continuó su viaje con paso veloz, saboreando el dulce y saboreando aquella bonita tarde de Mayo.

"¡Mamá, apúrate que la película ya va a comenzar!" Claudia vio cómo Diego, su hijo, sostenía las palomitas contra su pecho como si su vida dependiera de ello y sintió una oleada de ternura. Los últimos meses habían sido duros para ellos. La renta del departamento donde vivían había subido y Diego acababa de entrar a la secundaria, lo que significaba útiles más caros y eficientes. Tuvo que pedir horas extras en su empleo de mesero y esto le obligó a pedirle a su hermana Cristina que cuidara a su hijo durante las tardes. Redujo los gatos y Diego se quedó sin muchas de las cosas que le gustaban, pero él nunca se quejó. Era un buen chico, y Claudia estaba agradecida de ello.

Esa tarde, Diego quería ir a ver "El castillo del invierno" y ella aceptó. Quería ver a su hijo feliz y también ella merecía un descanso.

- Ya vamos a entrar Diego.

Caminaron por el pasillo y entraron a la sala número 5. Diego subió los peldaños con brincos y casi tropezó en el último.

- ¡Tranquilo Diego! Si tiras esas palomitas no volveré a comprar otras.

- Lo siento, Mamá.

Tomaron asiento justo en el centro de la penúltima fila. La sala se encontraba totalmente llena y la mayoría de los asistentes eran padres con sus hijos. Se escuchaban risas, gente masticando palomitas y pequeñas voces infantiles hasta que las luces de la sala se fueron apagando, y con ello, los sonidos dentro de ella.

El proyector empezó a iluminar la pantalla cuando una persona, en medio de la sala, se levantó de su asiento. Una señora le gritó a la persona que se sentara, pero esta no hizo caso y permaneció de pie.

Se dio media vuelta y Claudia pudo ver que era un hombre. No, más bien un joven. Iba vestido de camisa de polo y sostenía un regalo con ambas

manos. El joven comenzó a pasar la mirada por toda la sala, como si estuviera analizando a cada uno de los asistentes. Cuando su mirada se encontró con la de Claudia, ella sintió un terrible escalofrío por todo el cuerpo. El joven no solo tenía la mirada más paranoica que había visto en su vida, sino también la sonrisa más desagradable y terrorífica.

Continuó pasando la mirada por toda la sala y cuando terminó, alzó el regalo con ambos brazos por encima de su cabeza y gritó:

- ¡Soy el hombre más feliz del mundo!

Claudia quiso tener el tiempo suficiente para abrazar a su hijo y decirle cuanto lo amaba, pero no lo tuvo. Diego le dijo algo, pero no alcanzó a escuchar que era dado que toda la sala se encontraba gritando. Alcanzó a tomar la mano de su hijo y la apretó fuertemente. Y de pronto, un zumbido.

Un temblor.

Un estallido.

Y solo quedó oscuridad.